

REVISTA  
DE  
CIENCIAS ECONÓMICAS

---

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

---

DIRECTOR:

ROBERTO A. GUIDI

---

---

AÑO II

NÚM. 17-18

NOV. Y DIC. DE 1914



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

1835 - CALLE CHARCAS - 1835

BUENOS AIRES

**ESTUDIOS DE POLÍTICA  
ECONÓMICA Y SOCIAL**

---

Lujo Brentano, cuyo nombre no puede ser desconocido a las personas que hayan seguido atentamente lo que se ha llamado el movimiento intervencionista del estado, es de los pocos economistas alemanes con valor cotizante en el mundo científico y práctico de la economía.

El estancamiento en una labor de crítica negativa de la obra de Smith — al decir de Cusumano — acarreo grandes males. La reforma social proclamada en el Congreso de Eisenach fué poco a poco desapareciendo de los economistas nacionalistas, y hoy existe profesor en Alemania, como el sustituto de Schmouer, en la Universidad de Berlín, Bernhardt, que condena, gratuitamente, por supuesto, todo movimiento en favor de los obreros.

Brentano ha sintetizado el camino a seguir en la ciencia, rectificando errores que aun hoy existen, en la siguiente frase: «Es preciso sustituir la actual economía de la riqueza, por una economía humana».

De la labor que en este sentido hace el ilustre economista, son débil muestra las notas de dos de sus conferencias que van a continuación. En su cátedra, en su seminario, en sus obras, se puede apreciar siempre la misma tendencia.

Es Brentano, igual que Lloyd George, hombre benemérito de la humanidad. Con un ideal radical y absoluto, prefiere inquietar un poco su espíritu no exteriorizando el ideal, y en su lugar colocando en el camino de lo factible

rápida la reforma social. Lloyd George es el práctico. Brentano es el teórico. Ambos quieren la igualdad económica; pero ambos conocen las dificultades que ello supone en la constitución actual de la sociedad.

En España tiene esta tendencia antecedentes valiosísimos. Quizá su fundamento científico haya sido colocado por un profesor español sobre una base más rica que todas las conocidas en el mundo científico actual.

Todo el edificio científico económico está construido sobre el concepto del valor. El valor es la cualidad de un bien de servir a la satisfacción de una necesidad. De donde resulta que un medio económico no tiene valor hasta que se encuentra en frente de una necesidad, experimentada por un individuo humano. Ahora bien, los individuos, por deficiencias de educación y acaso por diferencias naturales, experimentan de distinto modo la intensidad de las necesidades económicas. Por donde la apreciabilidad del valor depende de la intensidad de la necesidad, y es puramente individual.

La adquisición de los medios económicos está actualmente supeditada al cambio, bien de productos, bien de servicios. La intensidad de la necesidad nos obliga a exteriorizar nuestra actividad en busca del medio. Cuanto mayor es la intensidad, más actividad—trabajo—hemos de poner en la adquisición de lo que ha de mitigarla. Así, el mismo bien que representa exteriormente un valor igual—la libreta de pan, por ejemplo—tiene un valor infinitamente mayor para el obrero que trabaja doce horas por tres pesos de jornal, que para el capitalista que sin esfuerzo amontona y amontona millones.

Y esta es la primera anomalía de la actual organización económica. Al valor se le ha querido dar universalidad, exteriorizándolo en el bien económico—valor trabajo, valor utilidad, valor rareza, valor cambio de servicios, valor grado final de utilidad, valor coeficiente casuístico—y, sin embargo, es un concepto individual, por tanto variable. La potencia, o mejor, *valencia* del valor no está en los bienes económicos sino en los individuos. La frase de Brentano, citada al principio, se impone con fuerza en este punto.

El hombre tiene como imperativo categórico de su existencia la satisfacción de las necesidades económicas. Es el

fin económico la necesidad refleja por excelencia. Sin caer en exageraciones de materialismo histórico, bien puede afirmarse que la inmensa mayoría de los progresos sociales en todos los órdenes tienen como basamento el progreso económico. Pero el progreso económico que puede contrastarse aquí no es el progreso técnico, de producción mayor o mejor, sino el progreso consuntivo y de cambio: de mejor distribución y mejor consumo. Es decir que la humanización de la economía, no sólo tiene un valor absoluto dentro de la misma economía, como hemos visto antes, sino que lo tiene en la necesaria repercusión de la economía en los demás órdenes de la vida.

Misión del estado es la mejor repartición para mejor consumo. En síntesis, el estado ha de colocar a todos sus miembros en condiciones de desarrollar íntegramente su vida. Para lograrlo, necesita intervenir en la cuestión económica, pero no al modo que lo hace actualmente que coloca, al compás de la protección obrera, la protección del capital. Esto no es un radicalismo vano; es lo que se impone científica y prácticamente. Aquellos que tienen la necesaria personalidad para no necesitar tutorías, deben ser abandonados por el estado, que sólo debe atender a los que de él precisan. Con ello se logrará alcanzar ese ideal eterno: que el bien se cumpla por el bien, el derecho por el derecho.

Resulta, pues, que la frase de Brentano es absolutamente exacta y necesariamente impuesta tanto a los teóricos como a los prácticos de la economía.

A los teóricos porque, según la justificación mínima que le hemos dado, les es preciso revisar todos los conceptos económicos, comenzando por el del valor, desde ese punto de vista.

A los prácticos porque es un deber científico, moral y jurídico. No sólo es evidente el camino a seguir, sino que es justo y bueno.

#### ¿CÓMO SE DEBE ESTUDIAR LA ECONOMÍA POLÍTICA? (1)

Ante todo es preciso determinar el contenido de la ciencia de la economía política. Desde luego no lo forman

---

(1). Conferencia en la Asociación Libre de Estudiantes, Sección de Munich.

un conjunto de reglas prácticas para hacerse rico; aun cuando ésta pudo ser la creencia de Prittwitz, que en el año 1840 publicó un libro titulado «Economía Política o el arte de llegar a ser rico»; y del oyente que se acercó a Adolfo Wagner, cuando éste comenzaba su carrera docente en la Academia de Comercio de Viena, pidiéndole la receta para poder ser millonario, y el de algunos empresarios industriales y agrícolas alemanes que se quejan de que las doctrinas sustentadas por los profesores de economía política no están, la mayoría de las veces, de acuerdo con sus intereses.

El arte de llegar a ser rico no es objeto de la economía política, sino de la privada. Quien lo pretenda debe dedicarse a una rama de la producción, aprender su técnica y estudiar las condiciones de venta del producto fabricado.

Quizá, al propio tiempo que aprenda el camino de la riqueza, llegue a conocer determinadas cosas, casi tan indispensables para él como aquellas que le obligan a entrar dentro de la economía de la nación.

Téngase en cuenta que la economía privada, formada por economías aisladas, no constituye realmente la de la nación. Sus intereses están a menudo en punzante contradicción: los del agrario con los del industrial, los de ambos con los del comerciante, los del patrón con los del obrero, sin contar la oposición tan común entre consumidores y productores. La economía política debe estudiar la economía de la nación en la completa diversidad de sus elementos; así, no sólo la de ésta o aquella rama, sino la de todas las que componen la industria en cuanto son necesarias al actual período de desenvolvimiento económico para el mayor bienestar del todo; y la de todas las clases sociales que a ella contribuyen y de ella viva; aunque en verdad ha de hacer especial consideración de las masas populares, puesto que forman la mayoría dominante en ella; y porque, si es la característica de una nación verdaderamente culta ser un todo compuesto de partes desiguales que, al igual que los miembros del organismo humano, se complementan recíprocamente, y mientras obran armónicamente reunidas forman una perfecta unidad en la que las bajas clases también logran alcanzar gran desenvolvimiento, si no se les concediera esa posibilidad de progre-

so de su personalidad, se rompería la armonía necesaria para el bienestar del todo, y la debilidad de la masa ocasionaría la ruína de la nación entera.

Pero no sólo debe estudiar la economía política la riqueza de la nación como un todo desde el punto de vista de la acumulación de riqueza; debe además atenerse a lo dicho por Platón: «La riqueza se da para el cuerpo; pero el cuerpo no existe sin el alma»; por tanto, ha de estudiar particularmente los efectos sociales de los diferentes modos de alcanzar la riqueza en una nación; puesto que su equivocada aplicación es tan perjudicial como la misma pobreza. Sin embargo, la investigación y fijación de tales efectos sociales accesorios no obsta para que el tema principal de la ciencia de la economía política sea la determinación de las condiciones según las cuales se verifica el mayor aumento posible de la riqueza de una nación, pues la historia enseña que su florecimiento y su decadencia económica han tenido decisiva significación en su esplendor espiritual y moral, y en la preponderancia política sobre los restantes países.

Ahora bien, así como no enseña la economía política a hacerse ricos a los particulares, tampoco proporciona una tal panacea, por lo menos directamente, a las naciones. Pretende ser ciencia antes que arte; esto es, no da instrucciones sobre lo que se deba hacer; su objeto no es el obrar, sino el conocer, y la exposición de los lazos causales que ligan a los hechos entre sí. No cabe desconocer, sin embargo, que se desprenden de aquí doctrinas para el obrar. Pero no pertenece al imperio de la ciencia sacar tales consecuencias: las abandona a los políticos, profesionales del obrar; los cuales, según el ideal que les anima, utilizan los conocimientos que se han obtenido por la ciencia económica de las relaciones causales de los fenómenos económicos, para adoptar ésta o aquella determinación. Sucede lo que con la mecánica arquitectónica, que no da al constructor reglas de cómo debe construir, sino que le enseña las relaciones causales que precisa tener en cuenta para que el edificio subsista. La ciencia de la economía política coloca en situación, a los profesionales del obrar, de formar juicio sobre los efectos que sus acciones acarrear, y

de dar al juicio la posibilidad de determinar la conveniencia de tales acciones.

El que quiera realizar ciencia de la economía política, debe darse, ante todo, clara cuenta de dos cosas, según se desprende de lo dicho: una, que no se trata de lo que él u otro deban hacer para llegar a ser ricos; otra, que aquella no dicta regla práctica alguna, sino que aspira tan sólo al conocimiento de lo que es y de las relaciones causales que unen a los hechos.

La primera exigencia que debe sentir el que estudie la vida económica de la nación consiste, por tanto, al igual que en cualquier otra disciplina científica, en apartar de su pensamiento las representaciones de lo que debe ser, con el peligro de caer en prejuicios de intereses, religiosos, nacionales y de partido, y hasta deseos subjetivos; pues todo prejuicio perturba la visión y el conocimiento de las cosas.

No siempre se han tenido en cuenta estas exigencias. Como toda ciencia, la economía, en sus comienzos, consistía en reglas de conducta para el obrar práctico. Y así fueron las concepciones filosóficas que aprobaban la labor económica cuando estaba conforme con los mandamientos de la ética, y más tarde consideraban en ella la medida en que era apta para impedir o facilitar el camino del cielo. Maquiavelo libertó a las disciplinas políticas de este grave peso. Su aserto de no considerar lo que los hombres deben hacer para ser perfectamente morales sino lo que ellos hacen realmente, penetra también en la vida económica. El sistema mercantilista no fué otra cosa que el maquiavelismo económico. Con él se desliga de la ética a la vida económica; pero no se acaba con el *deber ser*; cambia únicamente el punto de vista. No obstante la tendencia de los mercantilistas a determinar las causas por qué un pueblo alcanza el florecimiento económico, el centro de gravedad de su doctrina estaba en las medidas que se precisan para conducir un pueblo a ese estado de prosperidad. Y esto condujo, en la práctica, a una política de *chalanería* que únicamente veía un provecho cuando el contratante contrario resultaba perjudicado.

Cuando, en contra del mercantilismo, aparece la escuela clásica del derecho natural, se verifica un extraordinario

progreso en la ciencia. Su doctrina del deber ser se limitó en un principio a depurar lo natural de los prejuicios artificiales y a conceder al ser libre espacio para libre desenvolvimiento. Lo que perdura en la ciencia es el *sustratum* de su teoría, es la concepción de lo que es y de sus causas, aun después que la política práctica ha abandonado el sencillo dejar pasar por influencias de lo que es y de lo que llegará a ser.

Los economistas clásicos han construido un sistema de economía, partiendo de la base de que la vida económica está exclusivamente determinada por los hombres, porque consideraban a todos los hombres de todas las edades y de todos los pueblos, de todos los países y de todas las clases, iguales; hacían abstracción de las condiciones naturales que diferencian a los pueblos; y porque aquellas condiciones, con excepción del suelo, no eran objeto de comercio, las consideraban como libres bienes que los hombres tienen a su disposición gratuita. Suponían que la propiedad subsiste antes del derecho positivo, e igualmente a la igualdad y a la libertad de los hombres. No tenían en cuenta las diferencias fundamentales históricas y geográficas. En este mundo tan idéntico, los hombres no tenían otra aspiración que la satisfacción de sus necesidades con el menor esfuerzo posible. Así construyeron los economistas clásicos una gran doctrina económica, en la que se realizaba una continuada igualdad entre los bienes necesarios para el consumo y los gastos empleados o a emplear en su producción. Esto fué una adquisición duradera para la ciencia de la economía política.

Quien quiera estudiar la vida económica científicamente, debe aún hoy comenzar por los economistas clásicos. Por supuesto no dejándose arrastrar por la deslumbrante teoría cuyo remate es que el crecimiento de la riqueza nacional depende de sacar el mayor excedente posible sobre los gastos.

Se llega a tal tesis por diferente camino que el seguido por los clásicos. Si hay una ciencia que estudie la vida tal como es, esa ciencia es la economía política. Una doctrina científica que desconsidere las múltiples circunstancias de la vida real puede tener en verdad un gran interés espiritual, es algo así como descifrar enigmas o jugar al ajedrez,



pero no alcanzará nunca un valor real, máxime si, a la no concordancia de la realidad con su tesis, opone débiles paliativos.

Ante todo, hay que pensar que la vida económica excepcionalmente, es condicionada por los hombres. Son las condiciones naturales la mayoría de las veces las que la determinan. Como no son las mismas en todas las naciones, no se puede aceptar científicamente que los bienes libres o naturales puedan suponerse iguales para todos los pueblos. Las diferencias son, por el contrario, bien notorias. Ellas han obrado un poderoso influjo en el nacimiento y desarrollo de la cultura económica. En un mismo territorio pueden cambiar las condiciones naturales: el clima, por ejemplo, sufre grandes variaciones, que se sienten más perceptiblemente quizá en los estados de cultura más progresivos. Quien pretenda estudiar economía, no puede olvidar estas diferencias; y por eso debe también notar las condiciones naturales de la vida económica, cómo se dan en los diferentes pueblos y cuál es su influjo. Geografía y climatología entran, por tanto, en el número de las ciencias auxiliares de la economía política.

Estas condiciones naturales de tan gran significación, pueden, en parte, en sus efectos, ser neutralizadas por los hombres. Esto sucede por el progreso de la cultura. La cultura consiste en el señorío del hombre sobre la naturaleza, alcanzado mediante el progresivo conocimiento que determina a su vez con el progreso de la técnica. Esta es, sobre todo la mecánica y la química, la gran revolucionaria de la vida, económica. Logra hasta modificar la constitución económica y, por tanto, la ordenación de la sociedad; y, ante su avance, desaparecen los privilegios consagrados por una posesión secular. Según esto, un conocimiento, aunque sea elemental, de física y química, es muy necesario para estudiar economía política. Así como la aplicación de sus resultados han sido decisivos para el desenvolvimiento de la vida económica en el pasado, lo son en la actualidad y regirán el progreso en lo porvenir.

Los economistas clásicos no estaban en lo cierto al considerar a la propiedad y a la libertad como producidas por la naturaleza y anteriores a toda manifestación jurídico positiva. La propiedad privada es una creación del derecho

positivo; su contenido fué distinto en las diferentes épocas. Lo mismo puede decirse de la libertad personal y particularmente de la situación de los trabajadores en la vida económica. Antes no eran libres; hoy, según la actual reglamentación jurídica, no tienen otra obligación que la consignada en un contrato de trabajo. Reconocerles, como quieren Ehrenberg y otros, una obligación mayor sería revolucionar los fundamentos jurídicos de la reglamentación actual. Una investigación económica que quiere alcanzar resultados en concordancia con la realidad debe partir, ante todo, del derecho imperante en la reglamentación económica. Y no sólo del derecho privado, sino también del público, pues constitución y administración alcanzan poderoso influjo en la vida económica. Por eso nada tan absurdo como lo dicho por Turgot: «el economista debe pensar como si el estado no existiera», o la posición de Böhm Bawerk, que quiere partir, en la investigación económica, del hombre aislado y no en la situación social. El hombre, en función económica, no persigue aisladamente su fin, sino que vive en una sociedad regida por una reglamentación jurídica; su necesidad no se satisface meramente con bienes que contienen cierta cualidad física, sino que precisa la asistencia del derecho que favorece la utilización de estos bienes. Una posesión o empleo de bienes sin acomodarse a tal derecho le servirían en verdad para satisfacer sus necesidades físicas, pero le colocarían en conflicto con la organización social, y sus consecuencias repercutirían en su necesidad de libertad. Así, pues, es preciso estudiar el derecho privado y el público vigentes en el territorio cuya vida económica se pretenda conocer. También es conveniente estudiar la historia del derecho.

Se ha probado que la vida económica no es tan sólo el efecto del hombre persiguiendo su interés, como suponían los economistas clásicos. La complejidad del mecanismo de su vida económica va más allá de las diferencias fundamentales de condiciones naturales, técnicas y económicas; el hombre mismo, obrando económicamente bajo su influjo, no es el sencillo individuo de los clásicos. Desde luego, no puede referirse esta diversidad exclusivamente a cualidades de raza, puesto que aun no está claro si son el producto de condiciones geográficas e históricas. Lo que

sí puede afirmarse es que el hombre no va animado, en sus relaciones económicas, por el móvil de la ventaja económica tan sólo, y que este móvil se exterioriza en todos los diferentes estados aludidos en la aspiración a la ganancia de dinero mayor posible. El estudio de la psicología es, por tanto, importante; pero no basta, porque debe tratarse además de relacionar su proceder con los diferentes estados del desarrollo social, y con la clase de la sociedad a que pertenece. Esto nos lleva al estudio de la sociología.

Se ha dicho que la técnica es la gran revolución que transforma la vida económica; pero no es la causa de todos los cambios. Técnico es lo que es posible económicamente, y esto depende de las condiciones en que se remunera mejor un proceso de producción. Con ello entramos en el dominio de la economía privada. Es preciso que quien pretenda estudiar economía política conozca la técnica de las modernas explotaciones agrícolas, industriales y comerciales; pues con ello logrará penetrar las relaciones de que depende la obtención de excedentes; esto es, debe estudiar los momentos que condicionan la presión de los gastos. Pero aun es más importante conocer las condiciones de que depende la remuneración de los gastos de un proceso técnico de producción. Hay que conocer las condiciones de venta y, por consiguiente, considerar si se produce para el consumo propio o para el mercado y cuál es la calidad del mercado para que se produce. Es, pues, necesario estudiar particularmente las ciencias comerciales y teneduría de libros.

De la complejidad de la vida económica se desprende el *método* que se ha de seguir en la investigación. Para los economistas clásicos, que hacían abstracción de las citadas condiciones fundamentales concretas, el método consistía en deducir sus teorías del principio económico — satisfaz tus necesidades de la manera más perfecta con el menor gasto — y no tenían en cuenta en las consecuencias que a esto seguían, los influjos cambiantes. Esto era insuficiente para alcanzar un conocimiento en concordancia con la realidad. Este conocimiento supone la consideración de todas las influencias. Pero no se puede determinar *a priori* su cantidad ni su calidad. No podemos, por tanto, de antemano declarar todas las causas que producen un fenómeno econó-

mico particular y, si las causas nos son entonces desconocidas, únicamente podemos conocer los efectos. Sólo en el comercio se puede decir que, al lado del egoísmo económico, los demás factores carecen de importancia; en este respecto aparece la deducción como el método indicado de investigación científica. En lo restante de la investigación económica, no debe perderse de vista que el camino de todo conocimiento es ir de lo conocido a lo desconocido, y no al contrario. Porque los efectos son lo conocido y las causas lo desconocido, el método de investigación aproximado es la *inducción*.

Al que quiera estudiar economía se le presentan aquí dificultades que no existen en los restantes dominios de la investigación inductiva. En éstos puede por sí mismo observar los hechos, y hasta hacer experiencias para determinar relaciones causales. El investigador de economía política sólo en rarísimos casos es observador de los hechos. La inmensa mayoría de las veces debe remitirse al testimonio de otros observadores inmediatos; las consecuencias de esto son en extremo perjudiciales; pues, a las faltas a que está expuesta toda observación científica, se unen las que proceden del testimonio ajeno aportado a la investigación.

Los errores en el testimonio no proceden siempre de la mala voluntad del testigo. Unas veces provienen de su incapacidad para observar exactamente, otras, de su deficiente memoria, algunas, de un prejuicio inconsciente que le hace informar falsamente. Lo que con más frecuencia inclina a la parcialidad son los *intereses*.

El medio principal de vencer estas dificultades consiste en la petición sistemática de datos para el descubrimiento de los hechos. Dos maneras hay de realizar esto: la estadística y las informaciones. La primera es una ciencia auxiliar de la economía política, y su conocimiento tiene gran importancia para el investigador económico. Las informaciones pueden ser practicadas por las personas privadas, por sociedades o por las autoridades. En verdad, deberían ser estas últimas las que mejor condujesen al conocimiento de la verdad; pero, aun cuando hay algunas verdaderamente importantes — principalmente las hechas por autoridades inglesas—la mayoría de las veces están aqué-

llas sometidas a partidos y personas que no desean que resplandezca la verdad. Sucede esto especialmente cuando se trata de determinar el motivo de la agitación de la opinión pública y al propio tiempo se quiere proteger a los que originan la agitación. Entonces la información no tiene otro fin que justificar lo ocurrido. Estas son las llamadas informaciones de disculpa. Las informaciones privadas, por tanto, no obstante los defectos a ellas inherentes por la falta de autoridad sobre los preguntados, sirven mejor para el conocimiento de la verdad que las oficiales. Y de hecho existen algunas que pueden considerarse modelo: las de Schnapper-Arndt y las de la «National Association for the Promotion of Social Science».

Para que una información tenga valor científico, se precisan muchas condiciones. Como el peligro mayor en la investigación está en el testimonio de los interesados, la condición especial de aquella es recoger el mayor número de datos posibles de *todos* los interesados en una cuestión.

Una vez que los hechos se han fijado, entra la capitulísima operación de *interpretarlos*.

Y aquí es preciso luchar con los sentimientos. No sólo las pasiones son perjudiciales, sino también las emociones. La mayoría de los hombres, aun los más instruidos, se dejan guiar en el juicio de los fenómenos de la vida social, más por sus sentimientos que por su inteligencia. La más perfecta demostración es a menudo insuficiente para convencer, porque lo probado está en contradicción con ciertos sentimientos. Hay otros que se cierran por completo a toda prueba, aun cuando puedan aportar una gran cantidad de hechos incontestables. Es indudable que muchos sentimientos son indispensables en la vida práctica, pero también lo es que oponen al conocimiento de la verdad el mayor obstáculo; tales son el respeto a la autoridad y a las leyes, el sentimiento patriótico, el de partido, el de clase, el religioso, el de los intereses, sin olvidar la aversión producida por el sentimiento cuando ciertos hechos y verdades contradicen planes y teorías favoritas. El que quiera estudiar economía política debe expulsar de sí a todos estos sentimientos. El investigador científico no debe proponerse otro fin que el conocimiento de la verdad. A él debe subordinarlo todo severamente: el propio yo, con todas sus

egoísticas aspiraciones, sus pensamientos, sus ideas favoritas y sus intereses. No hay gloria tan pura como el conocimiento de la verdad; en todo debe penetrar, ante ninguna prueba debe retroceder. No se debe pensar en la ventaja o en la desventaja, en la alabanza o en la censura. Es, pues, exigencia precisa en el que pretenda estudiar economía política tanto condiciones intelectuales como de carácter.

En armonía con la complejidad de las causas de la vida económica están las dificultades que se piden del investigador. Precisamente en esto consiste que la ciencia económica no haya aportado, como sucede con otras ciencias relativamente modernas, un gran número de tesis aceptadas e irrefutables.

A los estudiantes de economía debe recomendárseles el estudio de todas las ciencias ya citadas, pero muy especialmente el de una ciencia que hoy tiene otro uso: la lógica formal. Evidentemente, no conduce por sí al descubrimiento de nuevas verdades, pero, como ha dicho el creador de la lógica inductiva, J. Stuart Mill, nada contribuye tanto a la perfección del pensamiento, nada facilita tanto el descubrimiento y el conocimiento de sofismas. ¿Y en dónde se dan hoy más pensamientos contradictorios que en la economía!

A quien asuste la gran fatiga que esto supone, he de decirle tan sólo: *Nihil sine magno vita labore dedit mortali*.

PLÁCIDO A. BUYLEA.